

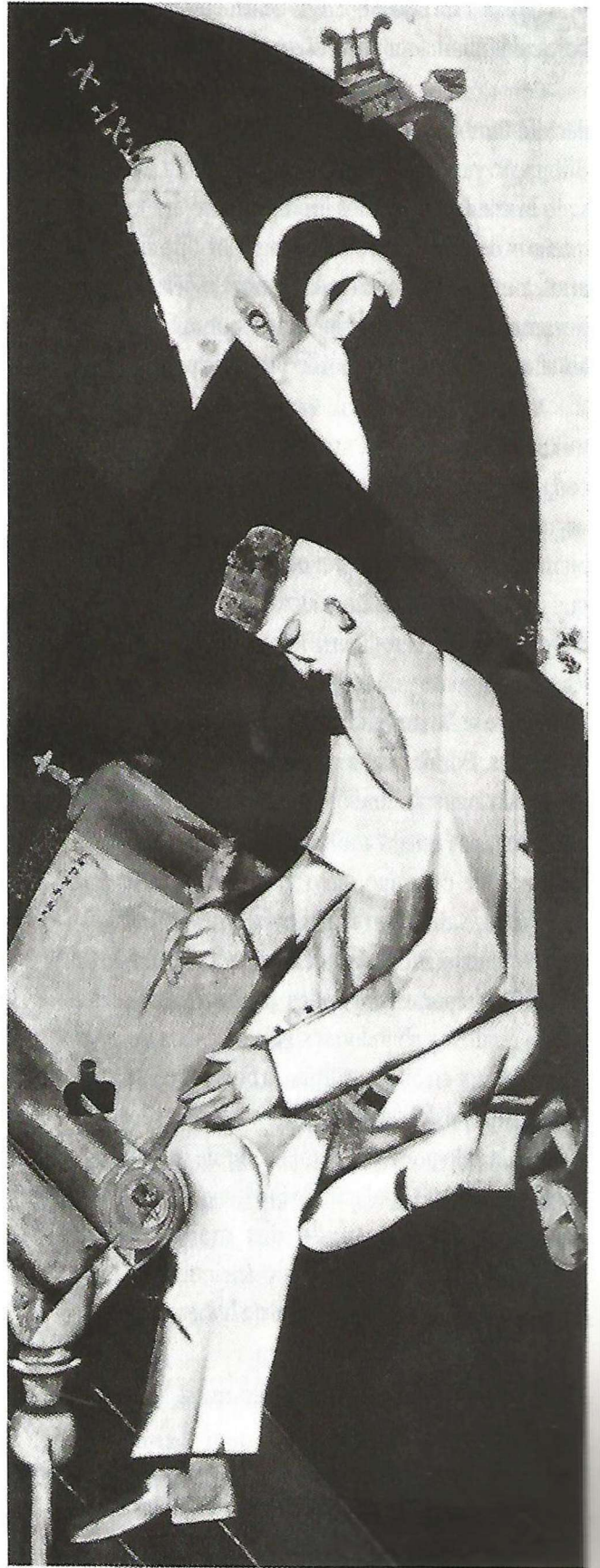
# El despertar

CUENTO

Isaac Babel

Todos los hombres de nuestro círculo —corredores de bolsa, comerciantes y empleados de bancos y de compañías navieras—, ponían a sus hijos en clases de música. Se trataba de una verdadera manía. Nuestros padres, en sus ansias por ser exitosos, se habían inventado un juego de lotería, cuyo premio mayor eran los niños. A Odessa la había atacado esta locura más que a otras ciudades. En el curso de una década, nuestra ciudad había suministrado a las salas de concierto del mundo entero un montón de niños prodigio. Tanto Mischa Elman como Gabrilovitch eran oriundos de esta ciudad, y en ella fue donde Jascha Heifetz hizo su debut.

Tan pronto un niño cumplía cuatro o cinco años, su madre llevaba a la diminuta criatura adonde Zagoursky, quien había montado una fábrica de niños prodigio, una fábrica de enanos judíos de cuello de encaje y zapatos de charol, a los que sacaba de los pulguientos tugurios del Moldavanka, y de los hediondos patios del viejo mercado, les enseñaba los rudimentos de música y luego los embarcaba adonde el profesor Auer, en



Marc Chagall, *La literatura*, 1920

Petersburgo. Una potente armonía vibraba en las almas de estos sufridos mocosos de cabello negro y alborotado: ¡iban a ser virtuosos y célebres!

Con razones tan buenas como éstas, mi padre decidió también seguirle el paso a Heifetz y Mischa Elman. Yo ya tenía casi catorce años y había sobrepasado la edad de los niños prodigio, pero era tan pequeño y delicado que podía pasar por uno de ocho años. Y en ello radicaba toda nuestra esperanza. Me llevaron adonde Zagoursky, quien, como favor a mi abuelo, acordó cobrarnos sólo un rublo por clase.

38 Mi abuelo, Levi-Yitzak, era a la vez el hazmerreír y el orgullo del pueblo. Ataviado en un sombrero de copa y un par de calzoncillos largos de lana, solía vagar por las calles disolviendo dudas sobre los problemas más arcanos. Le preguntaban cosas como por qué los jacobinos habían traicionado a Robespierre, cómo se fabrica la seda artificial, cuál es la naturaleza de un gnomo y qué significa hacer una «cesárea». Y mi padre se las arreglaba para responder todas estas preguntas. Por respeto a su sabiduría y a su locura, Zagoursky nos cobraba sólo un rublo por clase.

Y sólo por miedo a mi abuelo quiso hacer hasta lo imposible conmigo, pero todo fue en vano. Los sonidos que salían con dificultad de mi violín rasguñaban como púas de hierro. Mi corazón era el primer damnificado por estos sonidos, pero mi padre se negaba a rendirse y abandonar su idea. En casa no dejaban de pensar en Mischa Elman, a quien el zar mismo había eximido del servicio militar, y en Gabrilovitch, que había sido presentado ante el rey de Inglaterra y había tocado en el palacio de Buckingham, y cuyos padres habían comprado dos mansiones en Petersburgo. Los niños prodigio enriquecían a sus familias, pero mi padre, que podría haberse resignado a la pobreza, ansiaba la gloria.

Algunos pobres que comían en nuestra mesa lo aguijoneaban:

—Imposible —le susurraban al oído—, imposible que el nieto de semejante abuelo no sea...

Pero yo tenía otras ideas. Cuando practicaba, ponía un libro de Dumas o de Turgenev en el atril, y mientras tocaba quién sabe qué, devoraba página tras página. De día les contaba a los niños del barrio historias fantásticas y de la noche me la pasaba escribiendo. Ser escritor era hereditario en nuestra familia: cuando Levi-Yitzhak ya estaba entrado en años comenzó escribir un relato titulado *El hombre sin cabeza*, en el que trabajó durante los días que le quedaban de vida. Yo continué por su sendero.

Tres veces a la semana solía yo salir a regañadientes cargando el violín y las partituras, por la calle Witte, antes llamada Calle de los Nobles, donde estaba situado el apartamento de Zagoursky. Allí, de pie junto a las paredes, a toda hora veía uno un grupo de mujeres, judías, hinchidas de histeria, a cuyas rodillas débiles se recostaban los violines, mucho más grandes que sus hijos destinados a que se los escuchara en el Palacio de Buckingham.

Entonces se abría la puerta del santuario del profesor y de ahí salía tambaleándose un niño pecoso y cabezón, con el cuerpo tan delgado como el tallo de una flor y las mejillas coloreadas por el desconcierto, y acto seguido la puerta se volvía a cerrar, tragándose al siguiente gnomo. Detrás del biombo divisor, el maestro, con un moño sujetando sus rizos rojos, saltaba, canturreaba y movía la batuta con gran despliegue de energía. Promotor de un juego de azar monstruoso, no le faltaban sus brotes de inspiración y había poblado al Moldavanka y las callejuelas del viejo mercado con los fantasmas del pizzicati y las cantinelas, melodías que las manos del profesor Auer pulirían más adelante hasta sacarles un destello diabólico. Yo me sentía fuera de lugar en medio de esta secta. Enano entre enanos, había escuchado otra nota en la voz de mis ancestros.

Pasó cierto tiempo antes de que me atreviera a dar mi primer paso hacia la libertad. Pero un día salí de casa con el estuche de mi violín, las partituras y doce rublos, el valor mensual de mis clases y me en-

caminé hacia la calle Nejinskaya. Para llegar donde Zagoursky, debía haber cogido por la Calle de los Nobles, pero en lugar de hacerlo, subí por Tirapolskaya y me encontré en la zona portuaria. De ahí en adelante, pasé todas mis horas de clases de violín frente a los muelles. El estudio de Zagoursky nunca me volvió a ver. Mi amigo Nemanov y yo adquirimos el hábito de subirnos al vapor *Kensington* para visitar un viejo marinero, el señor Trotturn. Nemanov era doce meses menor que yo, pero desde la edad de los ocho años se había dedicado a unos negocios caleidoscópicamente maravillosos. Era un genio para los negocios, y con el tiempo su promesa se hizo realidad y ahora es millonario en Nueva York y ejecutivo de la General Motors. Nemanov me llevaba con él porque yo le seguía la corriente. Él le compraba pipas de contrabando al Sr. Trotturn, hechas en Lincoln por el hermano del viejo marinero.



—Caballeros —decía, dirigiéndose a mí, el señor Trotturn—, recuerden mis palabras: todo hombre debe darse el placer de fabricar sus propios hijos... fumar en pipa hecha a máquina es tan horrible como chuparse un enema... ¿Han oído hablar de Benvenuto Cellini?... ÉL era un artesano, un maestro. Mi hermano, que vive en Lincoln, les podría contar la historia de Cellini. Mi hermano nunca ha dejado su negocio. Tiene una sola convicción, y es que todo hombre debe fabricar sus propios hijos...

Nemanov les vendía las pipas de Trotturn a los banqueros, a los cónsules del extranjero y a los griegos ricos. Y se ganaba sus buenos rublos.

Las pipas del artesano de Lincoln tenían un no sé qué de poético. En cada una había una gota de eternidad. En su cañón brillaba un pequeño ojo dorado; sus estuches eran forrados de satén. Muchas veces tra-

te de imaginarme el tipo de vida que Matthew Trotturn, el último de los artistas de la pipa y rebeldes contra la marea de los acontecimientos, llevaría en la vieja Inglaterra.

El fuerte oleaje cerca del rompeolas me alejaba cada vez más de mi casa, que olía siempre a cebollas y a destino judío. Me alejé de los muelles e hice de la playa que quedaba más allá del rompeolas mi nuevo refugio. Allí, los niños pobres de la calle Primorskaya pasaban sus días en un pequeño banco de arena. A toda hora estaban desnudos, buceaban debajo de las tablas del muelle y robaban cocos para comer mientras esperaban los días mejores en que llegaran las barcas de Kherson y Kamenka cargadas de melones que se reventaban contra los amarraderos.

El sueño de aprender a nadar era mi obsesión. Me avergonzaba confesarles a estos niños bronceados que, no obstante haber nacido en Odessa, no había visto el mar hasta los diez años, y que a los catorce aún no sabía nadar.

¡Qué horas para aprender algo tan esencial! Había pasado la niñez clavado en el Talmud y llevando la vida de un sabio. Pero mientras crecía, comencé a treparme a los árboles.

No tenía cuándo aprender a nadar. La hidrofobia de mis antepasados, rabinos españoles y corredores de bolsa de Frankfurt, me arrastraban al fondo del mar. El agua no me permitía flotar. Exhausto y saturado de agua marina, salía tambaleando del mar a recoger mi violín y mis partituras; había quedado soldado a los símbolos de mi crimen y siempre los cargaba conmigo.

La competencia entre los rabinos y el mar continuó hasta el momento en que el Neptuno lugareño, Efim Nikititch Smolitch, un corrector de pruebas del periódico *Noticias de Odessa*, se apiadó de mí. Su

Maro Chagall, *El violinista en verde*, 1923.



pecho atlético albergaba sentimientos de ternura por nosotros, los muchachos judíos. Nikititch reinaba sobre una tropa de contorsionados y raquíticos niños de la calle que sacaba de los tugurios de Moldavanka; los llevaba a la playa, los enterraba en la arena, los ponía a hacer ejercicios de gimnasia y a bucear con él; les enseñaba a cantar y mientras se tostaban a los rayos del sol canicular, nos contaba historias de peces y animales. A los más grandes, Nikititch les explicaba que él era un filósofo natural. Los muchachos judíos se morían de la risa oyéndolo hablar y se pegaban a su costado como perritos. El sol les producía pequeñas manchas evanescentes, como de lagartija.

Nikititch había observado en silencio mi batalla con el mar. Tan pronto comprendió que no había esperanza alguna y que yo jamás aprendería a nadar, me admitió en la manada de sus protegidos. Nos entregó su corazón alegre, libre de cualquier avaricia, de toda angustia. Este hombre de espalda cetrina, cabeza de gladiador envejecido y bronceado, piernas un poco corvas, se acostaba en la arena más allá del rompeolas, como si fuera el rey de este mar iridiscente por la gasolina y los melones, agigantado a nuestros ojos infantiles, últimos retoños de una tribu que no puede aprender a morir.

Por Nikititch sentí un amor tal como sólo un muchacho que sufre de dolores de cabeza e histeria puede sentir por un atleta. No me separaba de su lado ni por un instante y siempre estaba pendiente de hacerle favores.

Él me decía.

—No te agites. Templa tus nervios. La natación vendrá después, sola... ¿Qué es ese cuento de que las olas no te sostienen? ¿Por qué no te van a sostener?

Nikititch se daba cuenta de que yo me sentía atraído por él, y me volví su favorito. Me invitó a su buhardilla, un lugar grande y limpio, todo entapetado; me mostró sus perros, sus palomas, su marrano y su tortuga. En contraprestación a estas

maravillas, yo le regalé la tragedia de mis anhelos literarios.

—Sospeché que eras un pichón de escritor —dijo Nikititch—. Se te ve en los ojos... la mayor parte del tiempo no pareces estar mirando nada...

Leyó mi manuscrito, se encogió de hombros, se pasó la mano por la mata de pelo canoso y se puso a caminar por la buhardilla.

—No tienes escapatoria —dijo, arrastrando las sílabas y con una pausa entre cada palabra—. Hay un destello divino en ti...

Salimos a la calle. Nikititch se paró, le dio un golpe violento a la acera con el bastón y me miró de frente.

—¿De qué careces...? No es de juventud, que de por sí es una desgracia... pero que se supera con la edad... Lo que te falta es emocionarte con la naturaleza...

Y señaló con su bastón un árbol de tronco rojizo y follaje bajo y extendido.

—¿Qué árbol es éste?

Yo no tenía ni idea.

—¿Qué produce esta planta?

Tampoco lo sabía.

Estábamos atravesando la plaza Alexandrovsky. Nikititch señaló todos los árboles con su bastón; me agarró por el hombro cuando pasó un pájaro y me obligó a escuchar su canto.

—¿Cuál es ese pájaro que está cantando?

No supe responder. No conocía los nombres de los árboles, ni adónde emigran los pájaros, por dónde sale el sol, ni la hora en que cae el rocío.

—¡Y tienes la osadía de escribir! Quien no ha vivido con la naturaleza como si fuera una piedra o un animal no puede componer en toda la vida ni dos renglones que sirvan. Tus paisajes me recuerdan la descripción de un escenario de teatro. ¿En qué diablos estaban soñando tus padres estos catorce años?

¿En qué estaban soñando...? En las cuentas sin pagar, en la elegante mansión de Mischa Elman... pero no le conté esto a Nikititch.

Cuando llegué a casa no fui capaz de cenar... Emocionarme con la naturaleza. Dios mío, ¿por qué no se me había ocurrido esa idea jamás...? ¿Dónde podría encontrar un hombre que me explicara los cantos de los pájaros y los nombres de los árboles? ¿Qué sabía yo de eso...? Únicamente reconocía las lilas, y eso sólo si estaban florecidas. Las lilas y las acacias. Las calles de Derebasovskaya y Gretcheskaya estaban bordeadas de acacias.

Durante la comida mi padre me contó una historia más sobre Jascha Heifetz. Cuando iba a ver a Robine, mi padre se había encontrado con Mendelsohn, el tío de Heifetz. ¿Cómo te parece, hijo mío, que este muchacho se gana ochocientos rublos por noche? Calcula entonces cuánto se ganará a una tasa de quince conciertos por mes.

Yo hice el cálculo: doce mil rublos al mes. Mientras revisaba la multiplicación y estaba llevando cuatro, me asomé por la ventana. Por el pequeño patio, avanzaba majestuoso, apoyado en un bordón, el señor Zagoursky, mi profesor de música. Llevaba un abrigo que aleteaba y sus rizos rojizos sobresalían del sombrero suave de fieltro como una capul.

Se había demorado mucho para descubrirme. Ya habían pasado más de tres meses desde que había depositado mi violín en la arena detrás del rompeolas

Zagoursky pasó la puerta a zancadas y yo salí corriendo hacia la de atrás, pero el día anterior la habían sellado, como protección contra los ladrones. No había escape. Me encerré en el baño. Una hora más tarde, toda la familia estaba reunida frente a la puerta del baño. Las mujeres chillaban. Mi tía Bobka se frotaba los gruesos hombros contra el marco de la puerta y gruñía. Mi padre permanecía en silencio. Entonces empezó a hablar en la voz más baja y más clara de su vida.

—Soy oficial del ejército —dijo—. Tengo una hacienda. Sé cazar. Los campesinos me pagan alquiler. He colocado a mi hijo en el cuerpo de cadetes. No tengo ningún problema adicional con mi hijo...

Se quedó callado. Las mujeres gemían. Entonces, un golpe terrible sacudió la puerta del baño y mi padre comenzó a darle puños con todo su cuerpo, corriendo una y otra vez para tratar de tumbarla.

—Soy oficial del ejército —gimoteaba—. Sé cazar... lo voy a matar... éste es el final...

La chapa cedió, y la puerta quedó colgando de una sola bisagra. Las mujeres estaban tiradas en el suelo, gritando, agarrándole las piernas a mi padre que, enloquecido, trataba de zafarse. Su madre, una anciana, llegó caminando con dificultad, atraída por el ruido.

—Hijo mío —le dijo en yidish—, grande es nuestra congoja. Es ilimitada. Lo único que falta en nuestra casa es sangre. No quiero ver sangre en nuestra casa...

Mi padre gruñó. Lo vi alejarse arrastrando los pies. La bisagra colgaba de un solo clavo.

Me quedé en la fortaleza hasta muy tarde. Cuando todos se acostaron mi tía Bobka me llevó a la casa de la abuela. Era un largo paseo. La luz de la luna caía en dibujos petrificados sobre los arbustos desconocidos y los árboles sin nombre. Un pájaro invisible silbó y luego dejó de hacerlo o quizás se durmió... ¿Qué pájaro era? ¿A quién llamaba con su canto...? ¿Cae el rocío por las tardes...? ¿Dónde queda la Osa Mayor? ¿Por dónde sale el sol?

Estábamos bordeando la calle Potchtovaya; Bobka me agarró la mano con fuerza para evitar que yo saliera corriendo. Tenía razón. Yo estaba pensando en alzar vuelo.

